

hoy escribe

Jesús Lezaun (\*)

puntaren  
puntan

No luchamos para esto

Uno no tiene mucho de qué vanagloriarse. Y aunque lo tuviera, no sería correcto el hacerlo. Pero tampoco está bien que tengamos que callarnos todo, tragar lo que nos den e incluso tomarlo por bueno, por lo mejor, por el no va más.

Como cualquiera, y más que muchos que ahora están en el machito y pontifican como energúmenos sobre su democracia, reparten carnets de ella y a toda costa nos la quieren hacer tragar, hicimos lo que pudimos contra aquel régimen abyecto, apoyado por tantos bastardos demócratas de ahora.

Dejando atrás ideologías que fbanos superando poco a poco, llegamos a la asunción de nobles causas obreras, y de esa mano, y no de otra, de justas y necesarias, urgentes, causas nacionales, y por supuesto de la democracia sin trampa. Justo es recordarlo ahora, mientras se producen olvidos interesados y abandonos escandalosos e hirientes.

Algo se arriesgó también, y por eso fuimos sancionados y tuvimos que pasar muchas veces por la comisaría y maldormir en sus mazmorras. Fuimos huéspedes forzados y pasajeros de todas las casas religiosas en muchos kilómetros a la redonda, convertidas en lugares de destierro. Algunos dieron, como es el dicho, con sus huesos en las cárceles de aquí y del infinitamente lejano Madrid. Pasamos mucho miedo, y a veces tuvimos que evitar Carabanchel saltando tapias y estando escondidos para poner tiempo de por medio al inminente peligro. Es un buen método para zafarse en aquel régimen de tantas prisas y ya al final de tanta vacilación e inseguridad. Acogimos a fugitivos y huidos, a acosados, muchas veces traídos por los que ahora nos llevarían a la cárcel con ellos. Se dió la cara en tribunas que otras no tenían, y fuimos escuchados por muchos que ahora no te prestarán un minuto de atención, y que incluso nos tendrán por locos, o por algo peor si es que lo hay, como entonces nos tenían otros.

¿Que por qué digo estas cosas? Pues por una sencilla razón. No luchamos entonces por esto de ahora, sino contra aquello y por algo muy distinto de lo actual. Alguno de los nuestros advertía del peligro que podría sobrevenirnos a todos, y que aquí está, pesándonos como una losa. Solía decir gruñón y cejudo: ¡Ojo con el tipo de democracia que nos han de querer imponer! ¡Joder con el profeta!, le decíamos entonces; y ahora habría que darle la razón. Porque la democracia capitalista, eu-

ropea y a lo yanki, imperialista para nosotros, sucia y soez aquí está sobre nuestras cabezas.

No luchamos para ver cómo se pudren en el paro millones de trabajadores, mientras unos cuantos señoritos se forran las costillas. No luchamos para ver a los jóvenes por millones con la angustia del primer trabajo, que además ha de ser temporal y como a prueba, para agrandar aún más la zozobra y el miedo y sentir la tentación de tener que venderse al primer desalmado mercader de necesidades ajenas, y desde ahí de conciencias. No luchamos por ver a la juventud sumida en la desesperanza y el desencanto, o en la huida hacia la inconsciencia para no sentir la asfixia, manejada por la droga servida desde el poder para degradarla, para que no luche por nada, para que se tenga que avergonzar de sí misma. No luchamos para contemplar complacidos la ganancia enloquecida de bancos y multinacionales en medio de la penuria de tantos. No luchamos para tener que disfrutar la economía de mercado gestionada por un partido socialista reconvertido en socialdemócrata, es decir en capitalista sin remilgos; o para tener que contemplar cómo nos llevan amarraditos a la OTAN, ni para oír al presidente del Gobierno entusiasmarse con el régimen de Reagan; o soportar cómo se distancia receloso de regímenes nobles que sólo tienen el mérito de haberse sacudido de encima el imperio yanki o de intentar superar la esclavitud y el hambre de su pueblo. No luchamos por una economía de gigantes, mientras crecen en su entorno bolsas de pobreza o se agiganta la miseria de continentes enteros. No luchamos por una sociedad tan inmundamente sucia en la que el dinero sea supremo valor para todos, en la que todo vale para triunfar, para destruir al adversario, donde se establezca como ideal supremo y con filosofía indiscutible la ley de la competitividad, que a la postre se torna en lucha de todos contra todos. No luchamos para que se ejerza el poder con chulería desafiante, para que se ordenen campañas contra quien estorba, donde se tergiversa todo, se mienta a malsalva, se oculte la verdad. No luchamos por una democracia de pandereta en la que todo se reduzca a depositar un voto cada cierto tiempo y en la que gane las elecciones quien más dinero tenga.

No luchamos por ver a nuestro pueblo, el pueblo vasco, morir desmembrado, aturdido y

engañado entre oropeles autonómicos, camino de su absorción inevitable. No luchamos, ni corrimos delante de los gendarmes galos en París, allá cuando el proceso de Burgos tratando de evitar el ser puestos de patitas en la frontera, para ver ahora a nuestras gentes entregadas en mercantilismos inmundos, o aventados por el mundo como apátridas, o triturados en cárceles de altísima seguridad como jamás nos pudimos imaginar. No luchamos ni asumimos un día, después de un largo recorrido ideológico, la causa de nuestro pueblo para ver ahora a líderes de partidos de aquí entregados a banderías, a caprichos personales suicidas para el pueblo, mezclados en soez contubernio con intereses y poderes ajenos a la voluntad popular. No luchamos para que desde el poder se desate contra nosotros una guerra sucia permanente, sin que nadie haga nada aquí para que cese, y de la que sólo se lamentan, ¡oh cinismo!, por los beneficios que pueda reportar al que la sufre.

Y así podríamos seguir perorando por extenso, pero no hace falta. Todos nos entendien con lo dicho. Y supuesto que quien esto firma pertenece al mundo de la clerecía, no quisiéramos terminar sin añadir alguna cosita más con relación a la esfera de la Iglesia, de la Iglesia oficial se entiende.

No luchamos entonces, ni nos entusiasmos con el Concilio Vaticano II, para ver ahora interpretarlo con palabra infalible, o al menos con autoridad incontestable, a quienes en aquellos tiempos, en palabras de un arzobispo que aún vive, «les sorprendió su convocatoria, estando en él no lo entendieron, al final no lo aceptaron y se volvieron por aquí con gran amargura»; ni para ver impuesta y rampante una eclesiología rechazada en el esquema de quien lo presentó, dando a luz, en cambio, la magna asamblea otra que está muy viva y latiente en los documentos conciliares. No luchamos para que quienes ya entonces nos trataban de insensatos en tiempos del franquismo por lo que hacíamos y decíamos sigan ahora, en una democracia que no forzaron y de la que, como siempre, tratan de aprovecharse, nos den ahora lecciones sobre ella, sobre la libertad o sobre la paz en la justicia; ellos, que mientras otros eran denigrados por firmar documentos históricos, trepaban hacia el poder y juraban fidelidad a lo que aquellos combatían. «Et vic de coetaris».

(\*) Profesor de Teología

Calédonie française

Arjeliarrek 1962an beren autodeterminazioa eta askatasuna lortu zituzteanean, Parisen bizi nintzen ni. Eta oraindik ere gogoan daukat oso, nola ez, aurreko hilabeteetan nagusitirik zegoen frantses chauvinismo lotsagarri hura. OAS faxistak, Salan jeneralaren agindupean, aurrera zeraman Arjelian bere sarraskia. Eskuindarrek «Algérie française» oihukatzen zuten; eta gehien gehienek onartzen zuten helburu okaztagarri hura.

Eta orain «Calédonie française» irakurtzen dudanean, lotsa ere sentitzen dut. Zeren Arjelia itsasoaz bestaldera baitzegoen, bederen, mila bat kilometrotara...

Orain, berriz, Kanakia Paristik 20.000 kilometrotara egon arren, frantsesen «eskubideak» aipatzen direnean, goragaleak sentitzen ditut.

Tjibau-ren hilketa gertatzean (Maiazaren 5an), Chirac-ek «frantses guztiak horren maite duten lurraldea» aipatu du; Pons sozialistak, bide beretik, Parisko akordioak sabotatzen dituztenak, «elementu arriskugarri» gisa salatu ditu; Le Pen faxistak, «Arjeliako prozesu hitza hasia dela» esan du; penaz; eta Giscard d'Estaing eskuindarra. «mementu hauetan burua hotz atxiki» behar dela esan du, horrela «Kaledonia-Berria frantsesaren etorkizuna eraikitzeko».

Inork ez du galdetu, ausarki, frantses inbadiatzaileak Kanakian zer debru ari diren. Eta ezker muturreraino heldu behar da Tjibauk Parisen sinatu zituen «akordio»-etan, «kanakiarren arteko zaitiketa lortzekotan asmatutako jukutria maitzurra» somatzeko (Krivine). Denak inperioaren alde; Malvinetako arazoan, Thatcherrek bere atzetik britaindar guztiak izan zituen bezalaxe.

Europarren inbasioa argi-eta-garbi, eta edozein baino lehenago, gaitzetsi beharrean (kanakiarrek gutxiengo bihurtu baitira beren sorterrian), ziriak, extenkadak eta xorroxkeriak... kanakiar «extremisten kontra».

Noski! Eta, barka, ahaztu egin dut ia ia: «demokrazia»-ren izenean. Jakina!

TXILLARDEGI

hemeroteca

La Europa de Victor Hugo

(José Luis Gutiérrez, «Diario 16»)

(...)El Parlamento Europeo que salga de estas elecciones podría tener esa condición de cámara constituyente que elabore una nueva Constitución para Europa, de la que emane la reforma de sus instituciones. Ya hay un antecedente cercano en este país. En las elecciones generales de 1977, nadie habló que la Cámara que resultara de aquellos comicios fuera a ser responsable de la elaboración de una Constitución. Y, sin embargo, la fuerza de los acontecimientos acabó por imponerse, y en diciembre de 1978, los españoles votaban masivamente su nueva Carta Magna.

De momento, los italianos, que figuran entre los europeístas más entusiastas, ya han incluido en estas elecciones europeas un referéndum para preguntarles a los ciudadanos

si creen que el Parlamento que resulte de ellas debe elaborar una nueva Constitución europea. Bélgica, por su parte, también estudia tal posibilidad.

Presos de ETA

(«El País», 20-5-89)

Tradicionalmente, sus presos han constituido para ETA una importante bandera de movilización. A tal fin, los ha instrumentalizado, a ellos y a sus allegados, de todas las maneras imaginables. La deliberada confusión entre los sentimientos de solidaridad con unos seres humanos privados de libertad y la aprobación implícita de las acciones inhumanas que condujeron a esas personas a prisión han formado parte sustancial del discurso terrorista desde hace años. Por otra parte, la existencia de presos ha sido interiorizada por los dirigentes de la banda como una coartada subjetiva para seguir en la brecha. De ahí la contradicción insuperable de los

amigos de los terroristas —y de los amigos de los amigos de los terroristas: los propagandistas exteriores— cuando reclaman simultáneamente la amnistía y el derecho a seguir matando: «Prosoak kalera», «ETA, matalos».

Por todo ello, una estrategia antiterrorista coherente implica una política específica respecto a los presos. Así lo entendió hace años el ministro Rosón al iniciar la vía de la reinserción, que produjo la autodisolución de ETA Político-militar.

La repetición de un proceso como el que condujo a la desaparición de los *polimilis* es improbable mientras que los intereses de la trama civil de los terroristas se identifiquen con la continuidad de la violencia. Pero esa identificación es cada día más problemática. El mantenimiento de una política de reinserción tiene el sentido de privar a los dirigentes terroristas de la coartada y de evidenciar ante los sectores menos obtusos de Herri Batasuna la contradicción insalvable en que se

mueven. Los asesinatos de Mikel Solaun y Dolores Catarain, *Yoyes*, fueron la respuesta de ETA Militar ante ese doble riesgo. Su efecto amedrentador sobre la conciencia de los presos y sus familiares no necesita ser subrayado.

Por ello, la dispersión de los presos de ETA, modificando la línea de concentración en Herrera de la Mancha y Alcalá-Meco seguida hasta fecha reciente, parece lógica.



Yu